

Venezuela bolivariana: reinención del presente y persistencia del pasado

Bolivarian Venezuela: present reinvention and past persistence

Juan Carlos Monedero

Juan Carlos Monedero es profesor titular de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Complutense de Madrid, España.
E-mail: juancarlos.monedero@gmail.com

resumen

Lo que ha venido denominándose “populismo” no es sino la respuesta al enorme deterioro social, político y económico en que se sumió Venezuela en los ochenta y noventa. Un país fragmentado y carente del cemento social de la inclusión, puso en marcha fórmulas de identidad que superaran los cuellos de botella de la representación liberal. Al tiempo, la recuperación de la renta petrolera por parte del Estado permitió activar políticas públicas participadas popularmente –las misiones– que ayudaron a mejorar considerablemente la situación popular en los ámbitos de la alimentación, la sanidad, la educación, infraestructuras, etc. A partir de 2005, la apuesta fue por el “socialismo del siglo XXI”, si bien las debilidades históricas del Estado dificultan avanzar en esa fórmula. La actitud de la oposición, que no dudó en recurrir a un golpe de Estado para sacar a Chávez del poder, así como las constantes presiones norteamericanas, han marcado la última década, generando una polarización que dificulta el debate y ayuda a la imagen crispada que los medios internacionales transmiten de Venezuela.

palabras clave

Venezuela / misiones / socialismo del siglo XXI

summary

The so-called “populism” is nothing but the response to the 1980s and 1990s social, political and economic decay undergone by Venezuela. A fragmented country lacking the inclusion’s social cement put forward identity patterns to overcome the bottle-necks produced by the liberal representation. The oil revenues recovery by the state set in motion public policies which were popularly shared misiones. They helped to largely improve the popular situation as regards food, health, education, infrastructure, etc. Though state’s historical weaknesses have undermined the proposal, since 2005 the bet has been on “Twenty First Century Socialism”. Attitudes of the political opposition such as resorting to a “coup d’ état” in order to overthrow Chávez from power as well as incessant American pressures characterized the last decade. This has resulted in a polarization that not only hinders the debate but also encourages Venezuela’s convulsion image which international media transmit.

keywords

Venezuela / misiones / twenty first century socialism

1. Postales de la revolución bolivariana

En mayo de 2010, el presidente Chávez apareció en la red social *Twitter* con una cuenta propia: *chavezcandanga*.¹ Apenas un mes después ya alcanzaba los 550.000 seguidores, rompiendo la pretensión opositora de monopolizar esas redes para organizar el derrocamiento, violento o electoral, del líder bolivariano. Las redes sociales fueron esenciales en las llamadas *revoluciones de colores* en Ecuador, Bolivia, Ucrania, Georgia o Irán (protestas de clase media y alta identificadas con esta etiqueta amable, a diferencia de las protestas de indígenas o gente pobre durante los ochenta y noventa, catalogadas, dentro del discurso conservador de la *gubernamentalidad*, como problemas de *governabilidad* achacables al exceso de demandas populares).² En un Aló Presidente de ese mismo mes, Chávez comunicaba sus avances en lo que denominaba *guerrilla comunicacional*. En sus manos apareció, sorpresivamente, una *Blackberry*, símbolo, por su alto precio, de la oposición venezolana (en el país que, curiosamente, más artilugios de esta marca ha importado de todo el continente), y frente a la cual Chávez anunció, un año antes, la producción nacional del teléfono *vergatario*, contrasímbolo bolivariano, con tecnología china, que iba a poner al alcance de cada venezolano telefonía móvil nacional y de la que ya no hay noticia. Chávez iba desgranando los mensajes que le mandaban. Una parte no pequeña eran para insultarle, a lo que el Presidente, riéndose, contestaba: “¡Están amargados!”. Otros animaban a Chávez en la pelea contra “la oligarquía” y el “imperialismo”. Los más hacían peticiones al Presidente, sustituyendo los tradicionales papelitos que el mismo Chávez o sus asistentes recibían por decenas en cada comparecencia pública. El Presidente aprovechaba para, en el mismo acto, dar órdenes a sus Ministros para que se hicieran cargo de las peticiones que la gente le enviaba. El disgusto de la oposición por la “ocupación” por parte del oficialismo de las redes sociales en Internet era notorio. Los indios, parecían afirmar, deberían usar sólo arcos y flechas. En su página en *Facebook* y en sus alocuciones, Chávez contestaba: “Dicen que soy capitalista porque tengo *twitter*, pero esto no es capitalista ni socialista: esto es tecnología. Y en Venezuela promovemos el Internet”.

Una de las principales armas de la oposición a Chávez consistía, frente a escenarios pasados de fragmentación, en ir unida a las elecciones parlamentarias de septiembre de 2010. Las poco exitosas estrategias electorales de la oposición –donde no es la menor su dificultad para asumir las nuevas reglas del juego, marcadas por la Constitución y por la nueva hegemonía política del *chavismo*– han dado a Chávez trece victorias electorales (con una sola derrota: la del primer referéndum de reforma constitucional).³ A las derrotas repetidas en todas aquellas elecciones en donde la oposición se presentó –salvando éxitos locales en algunas gobernaciones y alcaldías–, hay que añadir la decisión de no presentarse a las anteriores elecciones a la Asamblea Nacional en 2005. En aquel momento, la oposición negoció con la OEA una serie de requisitos que fueron aceptados por el Gobierno. Con esas reglas, aceptaron concurrir a las elecciones. Ante la previsión de unos malos resultados, pero alegando imparcialidad del Consejo Nacional Electoral, la oposición en bloque decidió unos días antes retirarse. Con ello pretendieron desle-

gitimar el resultado electoral pero, muy al contrario, lograron dejar a la Asamblea compuesta estrictamente con diputados oficialistas. Para elegir las candidaturas de la oposición en las parlamentarias de 2010, hubo una discusión entre la fórmula de primarias o la elección consensuada por parte de la llamada *Mesa de la unidad*. Finalmente, sólo en torno al 20% de las candidaturas fueron elegidas con primarias, de manera que se generaron muchas protestas por parte de candidatos que consideraban tener mayor tirón electoral que los elegidos por las cúpulas de los partidos.

Por su parte, el Partido Socialista Unido de Venezuela convocaba a primarias a todos sus militantes, con el objetivo de elegir a más del 75% de los candidatos (108 diputados y diputadas, a complementarse posteriormente hasta los 140 con propuestas del partido). Dos millones y medio de militantes del PSUV acudieron a elegir a sus candidatos. La discusión en los medios tuvo dos grandes sesgos: los vinculados a la oposición, que presentaban aquellas primarias como un fracaso (con el argumento de que los afiliados al PSUV son más de siete millones y había votado un tercio), y los oficialistas que mostraban la cifra espectacular de personas que habían acudido a mostrar su opción –casi el 10% de la población total de país–, incomparable con cualquier otro país de la zona. También desde las filas oficialistas se dejaron oír críticas por el uso ventajista de recursos oficiales por parte de algunos candidatos e, incluso, por las presiones desde algunos centros de poder para imponer candidatos. Si bien los jóvenes universitarios habían sido la principal referencia movilizadora de la oposición durante los últimos años, quedaban fuera de las candidaturas enfrentadas a Chávez. Por el contrario, 27 jóvenes disputaban su curul en las filas del Gobierno. En ambos casos, la igualdad de género no se cumplió, de la misma manera que brillaban por su ausencia los dirigentes obreros y campesinos. La candidatura oficialista, en cualquier caso, mostraba renovación parlamentaria, pues de los 110 diputados que se presentaron, apenas 18 fueron seleccionados. De cualquier forma, para las elecciones de septiembre de 2010, el *chavismo* volvía a dar una sensación de unión de la que era incapaz la oposición.

Marzo de 2010. El fenómeno climático *El niño* deseca Venezuela. Las lluvias no llegan y los embalses están en alerta roja. Especialmente el embalse del Gurí, de donde depende el grueso de la electricidad del país y prácticamente la totalidad de la capital. Casi todas las necesidades eléctricas del país dependían de la lluvia. La capacidad eléctrica está en mínimos históricos. Por decreto, el presidente Chávez declara que además del jueves y viernes Santos (con sus correspondientes sábado y domingo) también serán feriados el lunes y el martes (algo impensable si en otro contexto lo hubieran reclamado los sindicatos). Y la administración sólo trabajaría hasta la una del mediodía. Sin claridad respecto de qué hacer, muchos responsables de áreas o departamentos dejaron a los empleados públicos en los ministerios, con las luces y los ordenadores apagados, y esperando que se cumpliera la jornada. La reducción de la actividad en los Ministerios no pareció disminuir el ritmo de la gestión pública. En una medida precipitada, y ante la urgencia de la crisis eléctrica, se declararon, sin avisar el lugar, cortes parciales en Caracas (otros lugares del país ya llevaban tiempo sufriendolos). Frigoríficos, hospitales, semáforos, pro-

cesos industriales, motores, ascensores se quedaron sin suministro eléctrico, sin conocimiento previo de los afectados. Enfermos a los que no se les podía realizar la diálisis, panificadoras que no podían cocer el pan, zonas peligrosas sin alumbrado, toneladas de alimentos echadas a perder... El ministro de Electricidad, con semanas en el cargo, fue cesado prácticamente por televisión.

IV Cumbre de las Américas en Mar del Plata en noviembre de 2005. Bush pretende dejar el ALCA implantado en América latina. La maquinaria diplomática se mueve con vehemencia. Los países pequeños apenas pueden resistir los embates del *gendarme mundial*. Argentina escucha las recomendaciones sobre el FMI realizadas por Bush.

Septiembre de 2008. Intento de golpe de Estado en Bolivia. Los sectores de la llamada *media luna* están doblando el brazo a Evo Morales. Seguidores del MAS son asesinados. Un prefecto, el de Pando, se declara en rebeldía. Estados Unidos guarda un “prudente” silencio. Junio de 2009. Golpe de Estado en Honduras. Recuerdo del 11 de septiembre de 1973 en Chile. ¿Volverá a quedarse la comunidad latinoamericana cruzada de brazos y callada? Marzo de 2008. Operación Fenix. Bombardeo de territorio ecuatoriano por parte de Colombia. Raúl Reyes, comandante de las FARC, junto a otros 19 guerrilleros, un campesino ecuatoriano y 4 estudiantes mexicanos, mueren en la acción bélica o son asesinados con disparos a corta distancia. Estados Unidos apoya la acción militar sobre el territorio de otro país realizado por el presidente Uribe y el ministro de Defensa, Juan Manuel Santos. Un ordenador que sorprendentemente sobrevive al bombardeo es usado como prueba de las supuestas vinculaciones ecuatorianas con la guerrilla de las FARC. Intentos de desestabilización del presidente Lugo en Paraguay. Presiones de grupos militares y empresariales y fuertes ataques en la prensa. Noviembre de 2009. Una vez más, el presidente Lugo denuncia el intento de desestabilización de su gobierno. En esta ocasión, destituye a toda la cúpula militar. Estados Unidos, donde se han formado buena parte de los oficiales paraguayos, guarda silencio. Noviembre de 2007. XVII Cumbre Iberoamericana en Chile. En el turno de palabra de Daniel Ortega, el presidente español Rodríguez Zapatero pide la palabra sorpresivamente y reprocha a los líderes latinoamericanos el echar la culpa de todos sus males a otros países, en vez de asumir la responsabilidad de las propias –y supuestamente erróneas– políticas económicas. Chávez, aludido por haber citado previamente a José María Aznar como corresponsable del golpe de Estado de 2002, le recuerda a Zapatero que Aznar, además de haber cuando menos apoyado el golpe de Estado, sigue hablando en contra de Venezuela en los foros internacionales. Zapatero y Chávez se enzarzan en una discusión sobre el tema. Planea por el aire la afirmación de Chávez en Naciones Unidas refiriéndose a la intervención anterior de Bush: “Aquí huele a azufre”. En la Cumbre Iberoamericana se rompe el protocolo como señal de que hay más cosas rotas... En todos estos casos, el presidente Chávez responde con celeridad, vehemencia y radicalidad. La nueva alianza latinoamericana, bien en forma de UNASUR o de ALBA, hace acto de presencia y consigue conjurar o denunciar las amenazas a la soberanía nacional en cada uno de los casos. La actividad a favor de la nueva integración regional

rompe el cliché abierto por Jorge Castañeda con su libro de 1993 *La utopía desarmada*, donde diferenciaba entre una izquierda moderna y otra arcaica. La “nueva izquierda latinoamericana” parece encontrarse en sitios donde ayer era imposible. Brasil se incorpora al nuevo discurso soberanista (en expresión de otros tiempos, antiimperialista) y Chile, en la presidencia rotatoria de la UNASUR, condenará el intento de desestabilización de Bolivia. Lula Da Silva viaja a Cuba un día después de la muerte por huelga de hambre del preso Orlando Zapata –preso común devenido preso político cuya lamentable muerte sirvió para una nueva oleada de ataques a Cuba, cosa que no ocurrió con la aparición de la fosa común con 2000 “falsos positivos” en Macarena, Colombia–. Lula defiende al gobierno cubano. Oliver Stone presenta en Venecia *South of Border*, un documental donde Chávez, Morales, Correa, los Kirchner, Da Silva y Raúl Castro dan su visión del cambio en curso en el continente. Sobre la alfombra roja, Chávez se fotografía como una estrella más.

2. Saber del pasado para entender el presente

Es imposible entender la Venezuela de los últimos diez años sin saber del profundo deterioro en el que cayó la llamada IV República, especialmente a partir de finales de los ochenta, cuando las necesidades de valoración del Norte exacerbaron la explotación del Sur camino del modelo económico neoliberal.⁴ Venezuela, en su lectura exterior, era un país que se había librado de las dictaduras militares de los setenta, que tenía una democracia consolidada con elecciones regulares y pluralismo partidista, que pertenecía a esos selectos clubes políticos de corte europeo llamados internacional socialista o internacional democristiana, y que conformaba un cuadro estable que no parecía desdecirse por ninguna realidad (recordemos que Fidel Castro acudió a la toma de posesión de Carlos Andrés Pérez en 1989).

¿Cómo entender que el mismo Presidente que había mandado armas a los sandinistas ordenara al ejército venezolano disparar contra el pueblo durante el *Caracazo* apenas semanas después de asumir el cargo en 1989? ¿Cómo explicar la coexistencia de la *Venezuela saudí* al lado de los cerros poblados de miseria? ¿Cómo explicar que la Venezuela de las mises, del imaginario colectivo de *pais rico*, del referente consumista de Miami no pudiera ver cómo la pobreza se había extendido en 1997 al 48,1% de la población? Es esa ceguera, propia de un país desarticulado, la que está detrás del *terremoto* político que supuso la llegada a la presidencia del país de Hugo Chávez Frías. Pues al alcanzar el deterioro anterior a todos los ámbitos de lo social, era necesario reinventar cada ángulo de la sociedad: reinventar la cultura, insistiendo en los rasgos populares preteridos; reinventar la política, haciendo de la participación social la piedra de toque de la consecución de metas colectivas; reinventar las normas de convivencia, exacerbando una identidad, asentada en el pasado (Bolívar y las diferentes resistencias), que construyese una nueva ciudadanía comprometida y corresponsable; y reinventar la economía, reclamando la soberanía nacional y el equilibrio social frente al modelo abierto neoliberal y sus equilibrios macroeconómicos. En ausencia de un modelo alternativo completo, sólo una referencia vaga podía orientar el futuro. El *Proyecto*

Nacional –nacionalista, popular y revolucionario– podía, así, dar cobertura al desafío (Biardeau, 2009: 67). *Nacionalista* frente a la práctica histórica de hacer de América latina el *back yard* norteamericano; *popular* porque el modelo neoliberal había exacerbado la diferencia entre unas élites nacionales globalizadas al servicio de los intereses del capital transnacional y las masas empobrecidas; *revolucionario* como un imaginario sostenido sobre la voluntad de expulsar estructuras, agentes y discursos de la nueva Venezuela.

La fragmentación social, la débil institucionalidad –estatal, cívica y privada–, y el fatalismo popular sobre su propia suerte iban, nos atrevemos a decir *nece-sariamente*, a hacer de la figura del liderazgo la argamasa mítica de un proyecto cuya mayor claridad la expresaban sus enemigos con su discurso apocalíptico y la petición recurrente de regreso al pasado.⁵ Es precisamente la fijación opositora de *tumbar* a Chávez la que hace que el proceso sea, superado el golpe de 2002 y, principalmente, tras el referéndum revocatorio presidencial de 2004, crecientemente *chavista*. Chávez, a su vez, será crecientemente rehén de un discurso –y en ocasiones una práctica– que repite formas de la revolución rusa y la tradición bolchevique, referentes donde buscar algún asiento frente a los constantes ataques opositores. Estaban servidas las bases para el discurso sobre el *populismo* (positivo en la interpretación de Laclau, peyorativo en la politología eurocéntrica del *mainstream*), al configurarse dos bandos enfrentados en un juego de suma cero: el democrático antioligárquico y antiimperialista y el elitista y globalizado nacido de la democracia representativa.

La historia política de la Venezuela institucional de la segunda mitad del siglo XX se zanja con dos nombres: Pérez Jiménez y Punto Fijo. El dictador Marcos Pérez gobernó desde 1952 a 1958, en un clima de terror y construcción de obras públicas, muy típico del militarismo de imitación fascista. Jiménez fue derrocado en 1958, fruto de una conjunción de presiones populares y pérdida del apoyo militar. Surgió entonces el llamado *Pacto de Punto Fijo*, que articulaba un acuerdo de gobierno entre las dos principales fuerzas partidistas de la derecha y la izquierda (Acción Democrática, de corte socialdemócrata, y el Comité de Organización Política Electoral Independiente, socialcristiano). Este pacto nació con fuertes vicios de origen, donde no era el menor el dejar fuera a otras fuerzas políticas (entre otras el Partido Comunista), con el fin de instaurar un turnismo amañado que terminó por pudrir la democracia recuperada.

Durante más de tres décadas, la paz social se alimentó de un doble mecanismo: por un lado, se silenció puntualmente a la disidencia a través de una represión que fue feroz en no pocos momentos; por otro lado, la renta del petróleo permitió políticas públicas redistributivas y la creación de algunas infraestructuras, si bien afirmó las bases de una economía rentista e importadora que lastraría el futuro del país (Baptista, 2005). Por último, es importante destacar que al no ser financiado el gasto público por impuestos cobrados a la burguesía empresarial o petrolera ni a los sectores rentistas, no recibió la oposición de estos grupos, quienes nunca vieron al régimen asentado en la Constitución de 1961 como una amenaza a sus intereses.

Sin embargo, las medidas de ajuste tomadas por Carlos Andrés Pérez en su segundo mandato (1989-1993) terminaron de tensar una cuerda que ya no aguantaba más presión. No se trataba solamente de la pobreza incrementada desde 1970, que alcanzaba a más de seis venezolanos de cada diez, sino también del empobrecimiento de los trabajadores (su ingreso se redujo a la mitad entre 1970 y 1997) y de las enormes desigualdades que se habían creado (según el coeficiente de Gini, el medidor de desigualdad tradicional, se superaba a Sudáfrica y Brasil) (Lander y Navarrete, 2007).

En 1989, en cumplimiento de mandatos de ajuste del FMI, subieron los precios de la gasolina, lo que se trasladó inmediatamente al transporte. Con el acumulado señalado, una población cansada y que ya no veía al gobierno como legítimo bajó de los cerros y asaltó los supermercados y las tiendas. El ejército, que por la propia condición rentista del país no había necesitado garantizar violentamente la hegemonía de clase durante mucho tiempo, se vio entonces requerido para restablecer la *paz social*. De aquella masacre –aunque no hay consenso sobre las cifras, se habla de una horquilla entre 500 y 3.000 muertos– surgirá un resentimiento que tomará cuerpo en forma de levantamiento militar en febrero de 1992, con una réplica en noviembre de ese año. Con un discurso nacionalista popular, el entonces Teniente Coronel Chávez dirigirá ese primer alzamiento, que fue prontamente sofocado al no recibir apoyo popular. Un par de minutos delante de las cámaras, asumiendo la responsabilidad del levantamiento y anunciando su fracaso “por ahora”, lo catapultarán a la dirección de un heterogéneo entramado de movimientos sociales, partidos políticos de la izquierda y militares críticos. El *bloque histórico* que había sostenido el sistema político venezolano desde 1959 estaba roto, incapaz de mantener la legitimidad estatal, el modelo de acumulación y la confianza ciudadana con los mismos recursos que durante 40 años le habían brindado la capacidad de asentar ese modelo (López Maya, 2005).

Si en 1992 la salida buscada fue la militar, en 1998 se buscó la vía electoral (aunque el componente militar, central en la retórica bolivariana, estará ya siempre presente). El agotamiento del modelo de *Punto Fijo* volvió a manifestarse en 1994 con la destitución por la Asamblea de Carlos Andrés Pérez, acusado de corrupción (desde entonces está refugiado en Miami). Le sustituyó un político tradicional, Rafael Caldera, quien, sin embargo, rompió el molde bipartidista pactado en 1958, ganando las elecciones con un nuevo partido. Pero una vez más sería el FMI quien terminaría dictando la política económica de Venezuela. En 1998, el cansancio popular era muy grande. El discurso de Chávez, pese a su mixtura ideológica y su falta de maneras políticas tradicionales (y precisamente por ambas) puso en la agenda tres grandes temas: la recuperación de la soberanía nacional, el pago de la deuda social pendiente con el pueblo empobrecido y el fin de la corrupción. El 56,2% encontró este mensaje atractivo. Enrique Salas Römer, quien concentraría en su nuevo partido conservador el grueso del voto ante la amenaza del Teniente Coronel, apenas llegó al 39,97%. Una Miss Universo, Irene Sáez, que se presentó como el último gesto de la impunidad de la vieja Venezuela, sólo sacó el 2,82%, pese a haber recibido inicialmente el apoyo de viejos partidos de la izquierda y la

derecha (principalmente los socialcristianos de COPEI). El ascenso electoral del denostado militar golpista unió a la derecha y dejó de lado en la última semana las frivolidades. Chávez ganó el fajín de Presidente con la promesa de traer una nueva República.

3. ¡Es el Estado, estúpidos! El aprendizaje desde el poder

Sin pretender dar a las cifras ningún significado mágico, diez años es un tiempo suficiente para valorar el desempeño económico de un país, incluso cuando, como es el caso de la República Bolivariana de Venezuela, ha tenido que enfrentar en esta década las exigencias de intentar una alternativa durante la euforia y luego la crisis del modelo neoliberal. Una década donde la Venezuela bolivariana ha sido sometida a todas las presiones que, en otros momentos de la historia habían acabado, en dosis menores, con gobiernos de cambio en América latina. Venezuela ha ocupado un espacio propio en el contexto internacional, debido principalmente al hecho de haber concentrado los ataques del *statu quo* mundial, especialmente desde los Estados Unidos. Aquella Venezuela referida en los medios mundiales por sus misses, sus rascacielos al lado de los ranchos miseria y la condición *saudi* de una élite que usaba con ostentación el ingreso petrolero, ha dejado paso a otra en la que son primacía la discusión del socialismo del siglo XXI –y, por tanto, la búsqueda de un discurso y una economía al servicio de las mayorías excluidas–, la integración latinoamericana –donde necesariamente la búsqueda de nuevas formas de complementariedad que sustituyan a los TLC choca con la pretensión norteamericana de mantener su esfera de influencia–, y el pago de la deuda social en un contexto de gran apoyo popular y reivindicación de la soberanía nacional.⁶

El modelo neoliberal devastó no solamente las bases económicas de gran parte de América latina, sino que convirtió igualmente en cenizas los sistemas políticos, las bases normativas, la confianza social y la autoestima nacional. De ahí que, como decíamos, la reinención no sea en ningún caso simplemente económica. Es esa fragmentación la que explica la capacidad de la economía de mercado de crear una *sociedad de mercado* (en expresión de Polanyi). Esto es, la libre disposición con que cuenta la economía basada en la propiedad privada de los medios de producción y en el papel autorregulado del mercado, para lograr finalmente la mercantilización de ámbitos crecientes de la sociedad. El resultado final es la supeditación de mayores franjas de la población a las necesidades de valorización del capital, con el escenario de exclusión y desigualdad que se ha convertido en el decorado *natural* dejado por la estela neoliberal y del que parece imposible salir sin rupturas conceptuales. La comprensión de la economía como *economía política*, esto es, una concepción relacional de la sociedad que obligue a la consideración conjunta de los ámbitos sociales (economía, política, sistema normativo y cultura), hace del análisis también palanca de la transformación, al dejar evidentes los resultados de una u otra comprensión. De manera que quien apueste por hacer primar las desigualdades y la exclusión queda claro que está alimentando los conflictos sociales (y no a la inversa).

Una de las principales líneas discursivas del candidato Hugo Chávez en 1998 hacía referencia a asuntos propios de la economía política: acabar con la corrupción, recuperar para el interés nacional la actividad económica, remover el pacto bipartidista que sostenía a las élites económicas e institucionales, y pagar la deuda social, especialmente en lo que tiene que ver con el derecho a la alimentación. Diez años después del *caracazo* las razones estructurales que motivaron el levantamiento popular no sólo se mantenían sino que se habían agravado en términos de desempleo, pobreza, vivienda, salud y analfabetismo. Para demostrar que el antiguo teniente coronel que se había levantado en armas contra el modelo de *Punto Fijo* no era uno más de los candidatos del sistema encubierto en un discurso *antisistema*, era menester demostrar con urgencia interés en el pago de la deuda social. En un primer momento no existía ninguna línea ideológica clara que indicara cómo actuar (en un confuso *totum revolutum* acudían el liberalismo económico de la *tercera vía*, el autoritarismo militar del argentino Ceresole, el nacionalismo bolivariano, prevenciones hacia el modelo cubano, alejamiento de la tradición socialista, cierto antiimperialismo, etc.), de manera que la línea principal que se seguía la marcaba un nacionalismo paliativo de la urgencia de la pobreza que permitía recuperar el concepto de *populismo*, crecientemente de manera despectiva conforme la apuesta por la salud global del pueblo cobraba importancia en las políticas públicas de los primeros gobiernos de Chávez.⁷

Una vez en el sillón presidencial en el Palacio de Miraflores, Chávez constató que no había mucha capacidad de actuar dadas las pocas herramientas de cambio o simplemente regulatorias con cuya ausencia el sistema se había garantizado sus prácticas consuetudinarias de poder. El poder estatal no es sin más el poder. De manera que hacía falta recuperar la principal palanca económica estatal en un país monoprodutor y sin estructura fiscal: el petróleo. En esa política de urgencia se incorporaba igualmente una reforma alimentaria, que implicaba tanto una reforma agraria que enfrentara el latifundio, como una reforma de las costas para frenar el deterioro ecológico, el agotamiento de los caladeros y la explotación externa de la pesca. Estas batallas, que tenían claras consecuencias tanto nacionales como internacionales sobre las relaciones de propiedad y de producción (a lo que habría que añadir un presumible *efecto contagio* a otros países de la zona), implicaba una pelea contra los principales actores del modelo neoliberal: los países poderosos del Norte, las grandes empresas transnacionales y las élites nacionales globalizadas. Vista la correlación de fuerzas, y una vez entendido que la lucha armada ya no era una alternativa, para que esa pelea tuviera éxito, era necesaria la participación popular (Wilpert, 2007).

Pero la Constitución, pese a contar con el antagonismo frontal de la oposición –que más tarde la esgrimiría como propia, olvidando su antigua animadversión por ella–, no fue el elemento más problemático, quizá por el descrédito en el que habían caído los textos legales. El primer momento en donde se leyó que Chávez traía una agenda política realmente transformadora fue en 2001 con motivo de la Ley Habilitante, en cuyo seno se aprobaron 49 leyes que buscaban incidir en lugares de poder económico reservados tradicionalmente a las élites: las costas y

la pesca de arrastre, el latifundio y, principalmente, los hidrocarburos. La respuesta de la oposición fue convocar en diciembre de 2001 un paro cívico nacional, acompañado de una creciente presión norteamericana (a la que no le gustó la recuperación de la OPEP impulsada por el gobierno de Chávez), un comportamiento *terrorista*—ruptura del orden y la paz social— de los medios de comunicación y una fuga de dólares que rompía los equilibrios macroeconómicos.

Como hemos afirmado, Venezuela ha sufrido todos los tipos de desestabilización que se han aplicado en América latina. El fracaso del paro en lograr sus objetivos abrió paso al escenario del golpe, justificado por unos actos de violencia durante una marcha de la oposición que se demostraría posteriormente que había sido organizada con anterioridad para justificar la interrupción del régimen constitucional. Pero la presión popular en la calle, la no aceptación del golpe por parte de un sector del ejército y la disolución de todas las instituciones de la V República realizada por el gobierno golpista hicieron que el levantamiento perdiera parte importante de sus apoyos castrenses y fracasara tres días después (13 de abril de 2002). El siguiente paso de la oposición fue volver a insistir con un paro patronal en el mes de diciembre de ese mismo año, acompañado de un sabotaje por parte de los directivos altos y medios de la empresa petrolera que hizo que la economía venezolana perdiera en el primer trimestre de 2002 el 24,4% del PIB.

Estas medidas, que en el recuerdo traían al presente el derrocamiento del presidente Allende, fracasaron, lo que dio paso a unos actos de terrorismo de baja intensidad llamados *guarimbas*, que buscaban principalmente crear un clima de miedo e impedir las comunicaciones y, por tanto, el abastecimiento. Fracasada la *guarimba*, el siguiente paso fue utilizar la posibilidad abierta por la nueva Constitución de revocar a cualquier cargo público. Durante todos los conflictos anteriores donde la oposición pedía adelantar la dimisión de Chávez, desde el Gobierno se invitaba a esperar a la mitad de mandato para poner en marcha el mecanismo legal. La oposición siempre rechazó la revocatoria argumentando que el Presidente nunca la aceptaría. Cuando todas las demás estrategias fracasaron, optaron por la constitucional. Y Chávez la aceptó. El referéndum revocatorio tuvo lugar el 15 de agosto de 2004. La victoria del Presidente fue contundente (59,1%) de síes, con una participación del 69,9%. Esto no significó que la oposición aceptara el resultado. Virando sobre la marcha, el argumentario opositor pasó a centrarse en que el Consejo Nacional Electoral no era neutral, sin dejar de lado otros más pintorescos, como que las máquinas estaban amañadas (con argumentos delirantes aireados por los medios, como que el resultado de las máquinas era intervenido por un satélite soviético—ni siquiera ruso, ya que la URSS desapareció en 1991—, que a través de complicados algoritmos lograba el fraude). Que el cien por cien de la observación electoral declarase la limpieza del proceso no se leyó sino como señal de que Chávez había comprado a todos los observadores internacionales, incluido al ex presidente Carter.

Cuando en el referéndum constitucional de diciembre de 2007 el CNE declaró la victoria del No a las reformas planteadas por Chávez, y el Presidente aceptó de inmediato la derrota, ninguno de esos medios o actores políticos que habían

cuestionado el sistema reconocieron sus errores, sino que inventaron otro tipo de excusas no menos creíbles que las utilizadas en otros momentos (por ejemplo que el resultado fue aceptado sólo después de presiones de los militares o que, incluso, estaba pactada la derrota de Chávez por oscuras razones nunca explicadas).

Uno de los efectos sociales más relevantes del referéndum presidencial fue la previa puesta en marcha de las misiones (y una de las razones del éxito en el mismo). Como reconoció el propio presidente Chávez en agosto de 2007, las misiones fueron una sugerencia de Fidel Castro, como respuesta al hecho real de que no bastaba ganar el Estado para ganar el poder. La memoria de la IV República era demasiado intensa, y el *cuartarepublicanismo* sociológico pervivía de manera absoluta en el aparato del Estado. Los intentos de usar a la administración pública para pagar la deuda social educativa o sanitaria fueron respondidos por los funcionarios enquistados en las estructuras del Estado con una rotunda negativa. Si los médicos venezolanos no estaban dispuestos a subir a los cerros, era necesario encontrar alternativas. Si los maestros no respondían a las necesidades sociales de alfabetización y aprendizaje, se precisaba recurrir a otras fórmulas. Si los organismos económicos de la administración no tenían respuestas para más de la mitad de la población, era necesario encontrar otros mecanismos. Una suerte de Estado paralelo participado popularmente se ponía en marcha. Las respuestas requeridas se encontraron con el recurso a la organización popular y, en algunos casos, a la ayuda de Cuba (que, al igual que cualquier otro país, exportaba aquello en lo que era competitiva). En torno a 18.000 médicos cubanos, así como un fuerte impulso social empezaron a cubrir los huecos tradicionales del Estado venezolano. La misión *Barrio Adentro* llevó médicos y medicinas a los cerros; la misión *Robinson* alfabetizó al cien por cien de la población venezolana (cumpliendo por adelantado, como reconoció Naciones Unidas, una de las metas del milenio); la misión *Ribas* amplió la escolarización primaria; la misión *Sucre* incorporó a la enseñanza universitaria a los sectores que habían quedado fuera del sistema; la misión *Vuelvan Caras* intentó construir un tejido asociativo cooperativo (elevando el número de cooperativas de 877 en 1999 a 69.231 en 2006; y colaborando en el descenso del desempleo desde el 16,6% en 1998 a, aproximadamente, el 7,4% durante 2009); la misión *Negra Hipólita* atendió a los niños de la calle; la misión *Identidad* otorgó cedulación a quienes les había sido negada la existencia civil; la misión *Mercal* creó una red de producción y distribución de alimentos subvencionados —con una clara intencionalidad política después de los cuellos de botella generados por el paro patronal en 2002— en la que participa el 60% de la población.

Las misiones son un elemento esencial para entender la economía social venezolana ya que incorporan tres grandes rasgos: 1) la incapacidad del Estado heredado para solventar la deuda social (con fracasos evidentes en los primeros cinco años a la hora de erradicar el analfabetismo con el aparato del Ministerio de Educación; con negativas de los médicos del sistema público para cubrir el servicio en los cerros donde se concentran los sectores pobres; o con dificultades severas para impulsar el empleo desde el Ministerio de Trabajo, por poner tres ejemplos); 2) el involucramiento de los sectores concernidos en la solución de sus propios

problemas, en un momento de fuerte *mística* social (esos momentos en los que, según la expresión de Hirschmann, prima más la acción colectiva que el interés privado); 3) el papel del Estado como empoderador popular –en una primera fase– y financiador y acompañante posterior de procesos autogestionados. NÚDES (núcleos de desarrollo endógeno), procesos de autogestión en empresas, impulso cooperativo, otorgamiento de microcréditos, empresas de producción y propiedad social, procesos formativos, asunción por los trabajadores de fábricas abandonadas... son todos elementos de ese renovado *tercer sector* donde la ciudadanía detecta el problema, propone el proyecto y lo ejecuta, y el Estado desarrolla una labor de impulso, financiación, apoyo técnico y evaluación, a la búsqueda de un acomodo de las relaciones basado en la idea de subsidiariedad (lo que pueda hacer el nivel más bajo que no lo haga el nivel superior, pero que el nivel superior acompañe y no deje caer esa gestión localizada).

Las misiones fueron un éxito inicial sin paliativos. Bienes públicos esenciales que la IV República había negado durante décadas, llegaban a la ciudadanía más pobre. La novedad de la iniciativa, los éxitos iniciales, la *mística* popular que acompañaba los primeros momentos de este *Estado paralelo* hicieron que su reconocimiento fuera muy amplio. Es ahí donde puede entenderse buena parte del apoyo popular que aún posee el presidente Chávez.⁸ Sin embargo, pasado ese momento, todo parece indicar que las misiones necesitan, para consolidarse, algún tipo de institucionalidad que las integre en un ámbito público más estable, de manera que no se sostengan sobre el trabajo voluntario ni sobre un ánimo abstracto. El papel del Estado aparece aquí como relevante y como garantía para completar ese proceso (lo que no significa que sea el Estado liberal tradicional). Sin embargo, aún está por solventarse cuál es el papel del aparato estatal en el discurso y la práctica del llamado *socialismo del siglo XXI*.

La presión opositora fue clarificando lo que se llamó *revolución bolivariana*, impulsando de manera creciente su parte social, al tiempo que se ahondaba la brecha entre el gobierno y la oposición. Después de ganarse el referéndum presidencial, se vio con claridad que la V República era un movimiento de masas, liderado por el presidente Chávez, que debía garantizar ese apoyo popular capaz de frenar los impulsos involucionistas tanto de la oposición como de sectores del ejército ganados por los sectores opositores. No en vano, Venezuela, en 1998 se acostó *adeca* y se levantó *chavista*, o, dicho de otro modo, la victoria electoral y la paz social estaban ligadas al apoyo del grueso de la población a las transformaciones sociales. Tras la victoria del revocatorio, Venezuela dio un “salto adelante” reafirmando su condición antiimperialista y, por tanto, reforzando la idea de soberanía popular y gobierno igualmente popular.

4. La definición retórica del socialismo

La conciencia política del presidente Chávez ha funcionado no como un catalizador (reactivo que no cambia con la reacción), sino que se ha transformado en su desarrollo de gobierno. De afirmar en 1998 no considerarse ni marxista ni

antimarxista, saltó a abrazar el socialismo (Blanco, 1998). En enero de 2005, en el estadio Gigantinho de Porto Alegre, lanzaba la idea de que el socialismo era la vía hacia la que tendría que caminar la Venezuela bolivariana.⁹ El contexto del anuncio –el Foro Social Mundial– daba a la declaración una aureola especial de alcance mundial. Mientras que Europa había renunciado a la construcción socialista, era en el Sur donde se volvía a esgrimir la bandera de la emancipación, convirtiendo a Venezuela en una vanguardia peculiar de una nueva manera de construir el socialismo que, a falta de mayores concreciones –salvo destacar que no se iban a repetir los errores del socialismo del siglo XX, un afianzamiento del contenido cristiano, el carácter autóctono y que lo ecológico se incorporaba con fuerza retórica– no gozaba del corpus teórico que había tenido el muy modelizado socialismo del siglo XX (Monedero, 2005).

El salto teórico se encuentra en los llamados cinco motores constituyentes, presentados en 2007, en los cuales se incorpora el adjetivo *socialista* a los más relevantes ámbitos de la construcción social: la ley habilitante, cuyas transformaciones legislativas implicarían la “vía directa al socialismo”; la reforma constitucional, que pretendía superar los residuos neoliberales de la Constitución de 1999 construyendo un “Estado de derecho socialista”; el motor “Moral y luces”, basado en una petición de Simón Bolívar y que permitiría una “educación con valores socialistas”; la nueva geometría del poder, que replantearía la organización territorial y administrativa del Estado para conseguir el “reordenamiento socialista de la geopolítica de la nación”; y por último –y quizá el más relevante por el empoderamiento popular que implica–, la generalización del poder comunal, “¡Democracia protagónica, revolucionaria y socialista!”. La adjetivación “socialista” se imponía aun cuando no existe clarificación acerca de lo que sea el socialismo, creándose un cierre categorial –no está antecedido por un proceso deliberativo– en cuya cúspide está quien tenga la capacidad de decidir qué es y qué no es socialismo. El riesgo señalado en su día por Robespierre, Rosa Luxemburgo y Trotsky –la organización sustituye a la sociedad, el comité central sustituye a la organización y el secretario general sustituye al comité central– subía un escalón y a día de hoy sigue siendo uno de los problemas democráticos no resueltos de la Venezuela bolivariana.¹⁰

Un instrumento esencial para alcanzar este objetivo era gozar de un partido cohesionado ideológicamente (el sexto motor, el “motor político-partidista” según expresión de Javier Biardeau, 2009:95). Tras un viaje a Cuba, Bielorrusia y China en 2007, el presidente Chávez recogió una propuesta que, hasta ese momento aparecía y desaparecía, y llamó a crear un “partido unido de la revolución”.¹¹

El último paso de ese rumbo al socialismo fue la propuesta de reforma constitucional sometida a referéndum en diciembre de 2007. En esta ocasión, la propuesta presidencial fue derrotada por el mínimo (49,29% de síes frente al 50,7% de noes). Las razones fueron muchas: falta de oportunidad del momento (demasiado cerca de las elecciones presidenciales, demasiado lejos de un inexistente debate popular acerca de qué tipo de socialismo se quería construir); descontento popular respecto de aspectos tales como la inseguridad ciudadana, la corrupción y los servicios públicos; desabastecimiento de algunos productos esenciales; falta de explicación

de la propuesta y ausencia de participación popular en la elaboración de la misma; confusión entre “reforma” constitucional y “enmienda” constitucional, que dio la sensación de incumplir los preceptos de cambio constitucional; añadido por parte de la Asamblea de 36 artículos a reformar –que se sumaban a los 33 propuestos por el Presidente–, no habiendo tiempo real para su debate; concentración de poder que implicaba la reforma (con el riesgo de que el cesarismo existente se enquistara constitucionalmente); manipulación enorme de los medios de comunicación privados (que, una vez más, hicieron terrorismo informativo, amenazando con una suerte de estalinismo sangriento de ganar la propuesta chavista); presión internacional contra la reforma.

La derrota del referéndum motivó que el presidente Chávez lanzara, como auto-crítica, lo que llamó “las tres erres: rectificación, revisión y reimpulso”, asumiendo que la propuesta socialista había excedido el momento real en el que se encontraba la sociedad venezolana. La necesidad de reconsiderar los ritmos se expresó con la metáfora de que el motor que va a menos revoluciones tiene mayor fuerza. Sin embargo, la derrota en las urnas puede leerse como una forma indirecta de victoria por los escenarios que abrió: se demostró que la calificación de Chávez como dictador era una operación de propaganda destinada a lograr por otros medios lo que no era alcanzable en las urnas; se demostró igualmente la falta de base de los que descalificaban la independencia del Consejo Nacional Electoral; se logró, por vez primera, que la oposición defendiera la Constitución de 1999, hasta ese momento desconocida como base jurídica de la sociedad; supuso una advertencia a una deriva de la forma de gobernar que estaba descuidando aquello que pregona (principalmente la participación popular en la elaboración de las políticas y en la toma de decisiones); del mismo modo, alertó acerca de la necesidad de contar con socialistas antes de decretar el socialismo, así como de la vinculación entre apoyo popular y satisfacción con la política; dejó claro que cuatro millones de personas –las que votaron sí– estaban comprometidas con una salida hacia el socialismo (otro tanto estaría en contra y, sorpresa del referéndum, tres millones que apoyaban a Chávez se abstuvieron); por último, demostró un gran logro de la Venezuela bolivariana: que el pueblo, lejos de estar adoctrinado estaba politizado, siendo capaz de mantener la fidelidad al presidente Chávez al tiempo que no le apoyaban una propuesta de reforma que no entendían o no asumían.

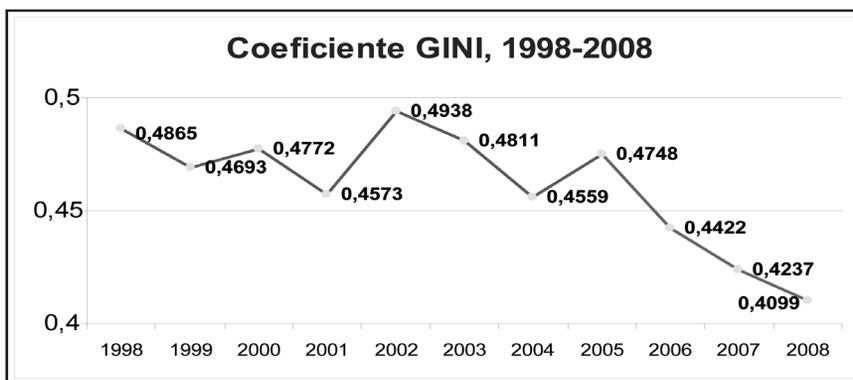
¿Quién es el sujeto del socialismo del siglo XXI? ¿Qué papel le corresponde al Estado, cuál a los partidos, cuál a la ciudadanía? ¿Puede construirse el socialismo sobre un capitalismo rentista? ¿Cuál es el decantado teórico de las tesis del “eslabón más débil” con la que se justificó el socialismo en la URSS? La falta histórica de un Estado consolidado en Venezuela aparece como el principal déficit para avanzar en la construcción democrática que se expresa en la respuesta al viernes negro de 1983 y, de manera más clara, con el *Caracazo*, el levantamiento popular de 1989. Mientras que Colombia fue un virreinato, Venezuela fue una capitania general. El siglo XIX, lejos de ser el siglo de consolidación del Estado liberal, se ocupó con una multitud de enfrentamientos civiles disgregadores, apenas resueltos con repartos clientelares. Cuando se empieza a armar el Estado, a comienzos del

siglo XX, coincide con el auge de la renta petrolera, de manera que el Estado se convierte, durante la dictadura de José Vicente Gómez, en el lugar donde se concentra la renta del país, creándose la ficción de un *Estado mágico*, lugar donde se concentraba la posibilidad de prosperar (Coronil, 2002). En Venezuela, lo público, lejos de entenderse como el lugar de todos, pasaba a entenderse como el lugar de nadie, apropiable por quien ocupara el espacio de poder. La ineficiencia, la corrupción, el burocratismo, la violencia social, elementos todos presentes en la Venezuela actual, obligan a repensar teóricamente las posibilidades reales de construir determinados modelos. Esto deja abierta una pregunta que ya adelantara Marx: ¿puede construirse el socialismo en sociedades que no han desarrollado todas las potencialidades del liberalismo? O, reconstruyendo la pregunta ¿es posible crear el *post-Estado* donde no ha existido previamente el Estado? Las urgencias de la enorme deuda social acumulada por Venezuela desde hace décadas no deben, sin embargo, inventar una consciencia que necesita sus plazos para asentarse.

5. Las bases económicas de la Venezuela bolivariana

Toda esta redistribución de la renta pasaba, necesariamente, por la existencia de renta disponible para ser repartida. Esta ha sido la función de la principal riqueza del país, Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima, PdVSA. Una de las principales razones del intento de golpe de 2002 fue la recuperación paulatina del control económico de los beneficios petroleros a través de la ley habilitante. Se ha resumido el papel tradicional de PdVSA al señalarla como “un estado dentro del estado”, que dejaba la parte más importante de los recursos dentro de la propia empresa, de manera que la empresa más solvente de Venezuela no impactaba en el bienestar general de la población. Con la ley habilitante, se recuperaba el control gubernamental del petróleo para un proyecto alternativo de redistribución de la renta. Más tarde, el gobierno de Chávez decidió aumentar fuertemente las regalías e impuestos que pagaban las empresas multinacionales (las regalías subieron del 1% al 16,6%), al tiempo que se frenaron los procesos de apropiación directa o indirecta de la renta petrolera por parte de empresas transnacionales. Para ello, se obligó a que los 32 convenios operativos en la Franja del Orinoco se convirtieran en empresas mixtas con mayoría estatal. Esto generó problemas añadidos de gestión técnica, tanto por el despido de los cuadros de la empresa que habían hecho la huelga ilegal de diciembre de 2001 –con la que pensaban haber derribado al presidente Chávez–, como por la desconfianza que mostraban algunos de los inversionistas extranjeros, acostumbrados a escenarios hegemónicos. Pero, pese a estos factores, así como al hundimiento que supuso el paro petrolero y las acciones de sabotaje que lo acompañaron, Venezuela recuperó prácticamente la producción diaria de barriles de 2002 (en la actualidad, en torno a los tres millones de barriles diarios¹²). Lejos de suponer que los problemas se conjuraron, en 2008 la multinacional petrolera Exxon utilizó su capacidad jurídica internacional para congelar reservas de PdVSA argumentando que, en tanto en cuanto se solventase el litigio abierto al no querer configurar una empresa mixta, quería garantías de que podría cobrar en caso de ganar el juicio. Los entramados del *Estado transnacional* (Williamson) juegan en este caso a favor de las multinacionales.

La recuperación económica, con el fulcro del petróleo, ha conseguido aumentos constantes en el índice de desarrollo humano, así como avances significativos en la lucha contra la pobreza (la pobreza total, según cifras del Instituto Nacional de Estadística, se redujo, entre 1997 y 2008, del 54,5% al 31,5%, y la pobreza extrema del 23,4% al 9,1%). Esos logros sociales se asientan sobre tres grandes rubros: la política de apoyo al salario real y al aumento de la ocupación (Venezuela tiene, con \$636 en 2009, el salario mínimo más alto de América latina, si bien las altas tasas de inflación reducen el poder adquisitivo); las transferencias directas o indirectas de ingresos a las familias a través de esas políticas públicas participativas conocidas como misiones –que, como hemos visto, incluyen sanidad, educación y pensiones– y la creación de bases jurídicas, políticas, sociales y económicas para la transición hacia la soberanía alimentaria y productiva (algo que requiere más tiempo para consolidarse). Recurriendo a un índice poco problemático, entre 1998 y 2009, el Índice Gini descendió en Venezuela desde el 0,49 al 0,40, en una reducción constante de la desigualdad en este país, hasta lograr ser el país menos desigual de América latina.

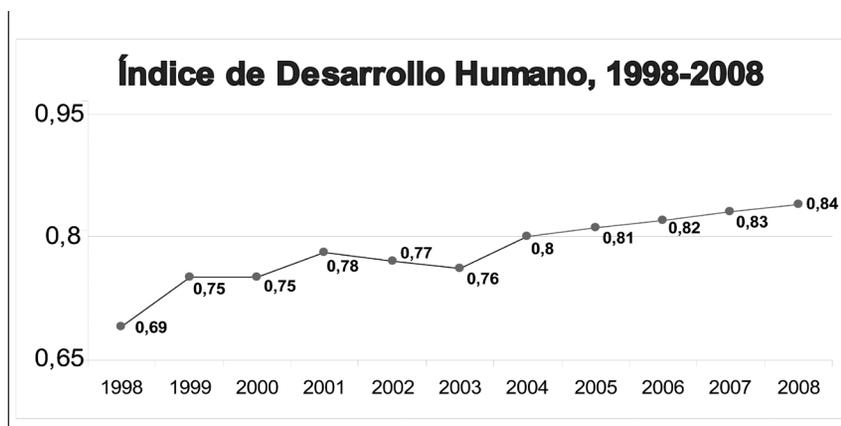


Los avances en el mejoramiento de la vida de los venezolanos y venezolanas en los últimos diez años se demuestran igualmente en el índice de desarrollo humano que desarrolla el PNUD. Pero es importante destacar que estas transformaciones se han hecho sin tocar apenas el ámbito de la propiedad privada. Las transformaciones de la economía venezolana pueden observarse en las relaciones de propiedad y también en las relaciones de producción.

Los *grandes movimientos* no dan necesariamente las claves para evaluar el desarrollo de la economía social sino de forma indirecta. Los indicadores de bienestar están pensados para las estructuras sociales, políticas y económicas de los países del norte, y tienen dificultades para medir otro tipo de políticas públicas que tienen efectos nítidos sobre el bienestar de la población (es el caso claro de las misiones en Venezuela).

La recuperación de PdVSA después del llamado *sabotaje petrolero* de 2002-2003 ha permitido que los excedentes de explotación se inviertan en la economía social,

aunque el funcionamiento de la propia empresa siga siendo el de una empresa estatal que opera en un mercado capitalista como es el del petróleo. Y es igualmente de importancia señalar el peso de lo que se ha llamado *mentalidad rentista* propia de un país que construyó su Estado a partir de la apropiación de las regalías petroleras a comienzos del siglo XX (Capriles, 2008)¹³. Esta mentalidad rentista dificulta la transformación de Venezuela en un país productor. El petróleo hace las veces de un proveedor mágico, natural, que enriquece el tejido del sistema sin esfuerzo visible –la promesa lafarguiana del derecho a la pereza–, además de que permite reducir, al menos perceptivamente, las condiciones de la explotación al extraerse la plusvalía fuera a través de la venta de los hidrocarburos.¹⁴ Y es lo que explica igualmente el efecto constante del *Dutch Disease*, del *mal holandés*, es decir, el crecimiento de las importaciones motivado por un modelo mono exportador que termina por generar grandes subidas de precios y el fracaso de la producción interior (siempre presionada por el menor costo de importar respecto de producir) (Karl, 2009).

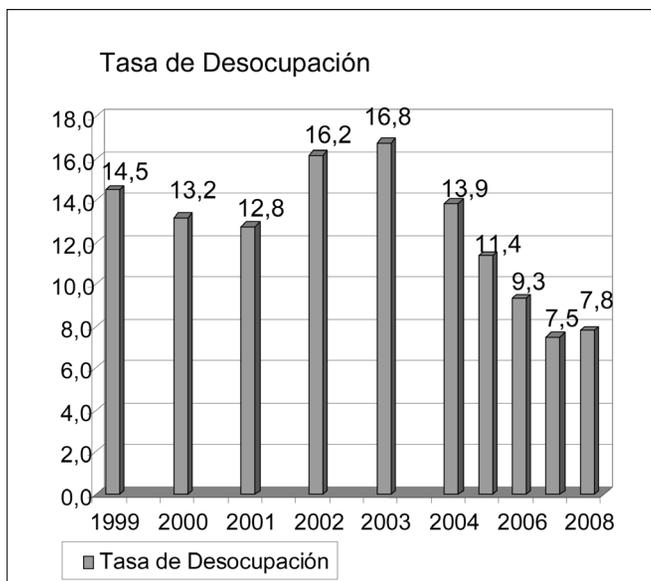


De tal modo que aquello que permite financiar la autogestión y la redistribución de oportunidades igualmente va a presionar a los esfuerzos de autogestión o los modelos de desarrollo endógeno a niveles de baja complejidad, con grandes dificultades para despegar por sí mismos una vez que termine el apoyo estatal. La mentalidad rentista de Venezuela es inseparable de la suerte que corra economía social, pues la ausencia de una cultura empresarial, laboral y sindical permea toda la sociedad, muy motivada por las claves de la sociedad de consumo. El análisis de la economía social en Venezuela tiene más avances en el ámbito legal y discursivo que en el ámbito concreto, lo cual no quita que no puedan recogerse avances bien relevantes en el ámbito económico que se han traducido en un evidente mejoramiento de la calidad de vida de las venezolanas y venezolanos.¹⁵

Una primera aproximación entrega una foto con más de 2 millones de personas que dejaron de ser pobres entre 1998 y 2009; la tasa de desempleo se ha reducido un 9,5%; el empleo formal ascendió del 53% al 57,8%, y el empleo informal descendió del 47,6% al 42,2%; se han incorporado 845.000 nuevos pensionados

al Seguro Social, llegando a 1.289.320 (frente a 387.007 en 1998). La cobertura a más de 13 millones de personas, mediante la misión *Alimentación*, con MERCAL y PDVAL. Atención a 4 millones de estudiantes en educación básica, con alimentación gratuita servida en las escuelas a través del Programa de Alimentación Escolar (PAE). En 2008 ya se habían graduado 3,4 millones de personas en las misiones educativas y estaban estudiando en las mismas 1,1 millones de personas. Es igualmente evidente el aumento de la población que asiste al sistema educativo en sus niveles preescolar, básica, media-diversificada y superior (la matrícula universitaria pasó de 668.109 en 1998 a 2.135.146 en 2009). En lo que concierne a la misión *Barrio Adentro*, se ha llevado salud al pueblo en los propios barrios, urbanizaciones populares y caseríos, contribuyendo con la disminución en la incidencia de ciertas enfermedades, y especialmente en la reducción de la mortalidad de niñas y niños. Hasta 2008, sólo los consultorios de Barrio Adentro habían atendido 313.249.337 consultas. La mortalidad infantil se redujo del 21,4 por mil en 1998, al 13,7 por mil en 2008. El gasto social, como reflejo de esta intervención, ha aumentado del 47,9% en 1999 al 59,5% en 2008, permitido por un crecimiento del PIB constante durante más de 20 semestres y una vez superada la abrupta caída provocada por el llamado *sabotaje* petrolero de 2002-2003.¹⁶

Sin embargo, esa progresión se rompería en 2009, cuando la economía venezolana, arrastrada por la crisis mundial, entraría en recesión, con una caída del 3,3% en 2009, llegando a caer en el primer trimestre de 2010 el 5,8%.

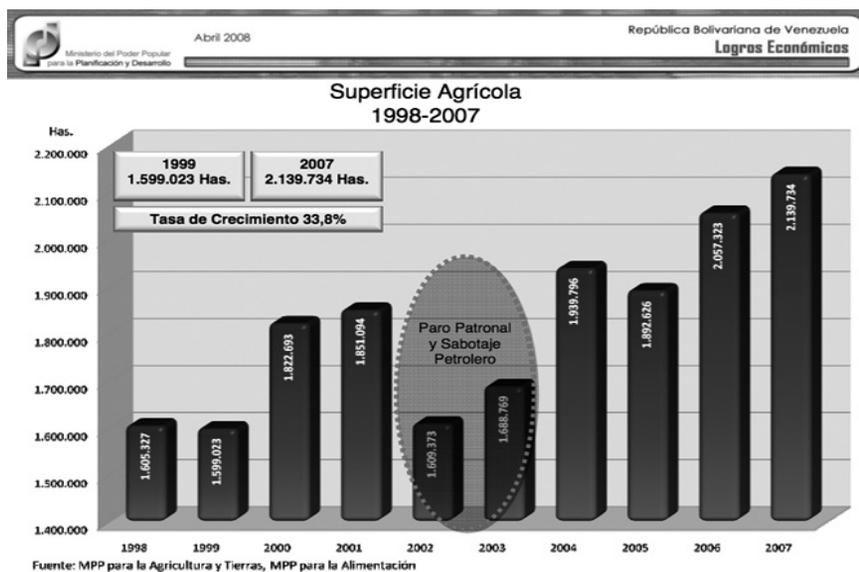


Fuente: Instituto Nacional de Estadística (INE)

Uno de los efectos del sabotaje fue que la tasa de desempleo subió en 2002 al 16,2% y al 16,8% en 2003. La tasa de empleo informal de 51,4% en 2002 pasó a

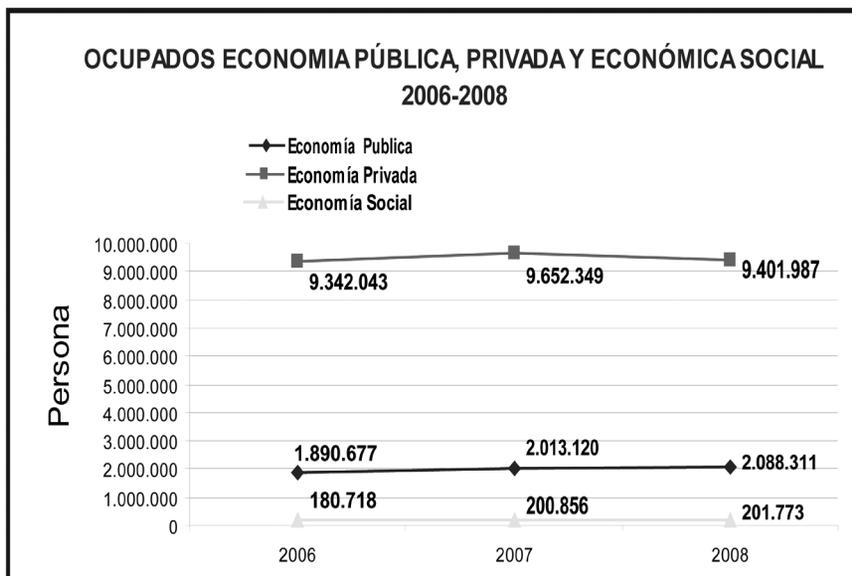
52,7% en el 2003. El máximo nivel de desempleo se registró en febrero de 2003 cuando la tasa llegó a 20.7 %. Sin embargo, y pese a la crisis económica mundial, Venezuela mantuvo durante el año 2008 su tasa de desempleo en el 7,6%, bajando de nuevo durante 2009 al 7,4% (frente al 16,1% de 1999, cuando Chávez llega a la Jefatura del Estado).

Igualmente es de destacar el incremento de la superficie agraria, uno de los elementos centrales del modelo de *desarrollo endógeno* que busca fomentar el autoempleo y, al tiempo, alcanzar la soberanía alimentaria. Las organizaciones del llamado poder participativo o popular son fundamentales en el aumento de estas cifras, puesto que buena parte de la recuperación de los procesos agrícolas y agroindustriales, aunque aún insuficientes, son provocados por la presencia de las misiones de enfoque en la economía social, combinados en diferentes variantes con las políticas de microcréditos, los Consejos Comunales Agrarios, Bancos Comunales Agrarios, la Ley de Tierras, e incluso otras formas de control y manejo de los medios de producción, llamadas de la *Economía Socialista*. Los NUDES, *núcleos de desarrollo endógeno*, son uno de estos últimos ejemplos y consisten en la traslación de la economía social del modelo de autoorganización popular hacia la creación de las *comunas* (sistemas unificados de consejos comunales territorio-residenciales, con pertinencia en el ámbito geo-ecológico y productivo). De ahí que la misión *Vuelvan Caras* y luego la misión *13 de Abril* tuviera una enorme importancia al articular lo político y lo económico en redes sociales autosuficientes. En palabras del ministro Elías Jaua, *Vuelvan Caras* se trata de la “misión que unifica y culmina los procesos educativos y sociales del conjunto de las misiones participativas del gobierno bolivariano al incorporar a sus participantes en los procesos de desarrollo local”.¹⁷



Aunque hay que decir que la mayor parte de la predistribución de tierras no se hizo por la vía del otorgamiento de propiedad, sino de cartas agrarias, lo que le permite al Estado tener la última palabra, evaluar cada caso, y, llegado el caso, revocarlo.

Por último, y pese a las dificultades de medición –con instrumentos tradicionales– de los elementos de bienestar social que aportan el conjunto de las misiones, es importante entender que la base popular del presidente Chávez reposa en el mejoramiento de las condiciones materiales en los hogares.



6. Insuficiencias en el desarrollo de una economía alternativa

Sin embargo, y como decíamos al comienzo, diez años después de ponerse en marcha el proceso bolivariano (denominado, con afán retórico, *revolución* desde las posiciones oficiales), se han empezado a articular críticas desde dentro del proceso respecto de los logros económicos y sociales de los Gobiernos presididos por Hugo Chávez, al igual que se han empezado a plantear preguntas acerca del carácter *socialista* del modelo.¹⁸

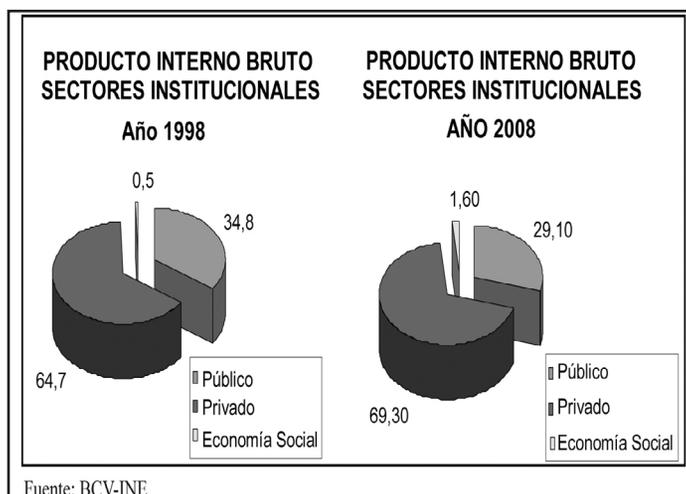
Como ha planteado Víctor Álvarez, el comportamiento de la economía venezolana está bien lejos de poder reconocerse como *socialista*, toda vez que la participación de los sectores privados en el PIB ha crecido en esta década, disminuyendo, más allá de todo discurso, la participación pública (Álvarez, 2010a). Ya hemos visto que las tareas de redistribución de la renta han mejorado las condiciones de vida de buena parte de la sociedad venezolana en los ámbitos del empleo, la alimentación, la sanidad o la igualdad, pero eso no se ha traducido ni en un aumento de la proporción estatal de participación en el PIB –lo que permitiría hablar de

capitalismo de Estado— ni de la participación de la economía social en el conjunto —apenas sube del 0,5% en 1999 al 1,60% después de 10 años de *revolución*—.

En palabras del antiguo Ministro de Industrias Básicas y Minería:

“En Venezuela, los avances en materia de reducción de desempleo, pobreza y exclusión han sido gracias a la inversión social de la renta petrolera, la cual también ha permitido compensar y disimular una distribución regresiva del ingreso en el sector privado de la economía, donde la participación del capital se ha incrementado en desmedro de lo que reciben los trabajadores. En 1998 al factor trabajo le tocaba el 39.7% del valor creado, superior al 36.2 % que le tocaba al capital. Diez años después, su participación cayó a 32.8 % mientras que la de los capitalistas subió a 48.8%. Esto quiere decir que en Venezuela, la lucha por lograr una mejor distribución del ingreso no se dirige a capturar una mayor tajada del fruto del esfuerzo productivo, sino que se traslada a capturar la mayor parte de la renta petrolera.

Justamente, la naturaleza rentista del socialismo venezolano es lo que explica que la pugna por la distribución del ingreso no se caracterice por cruentos conflictos obrero-patronales a través de reclamos, marchas, paros y huelgas. Sin embargo, cuando el ingreso petrolero se derrumba, quedan al descubierto los potenciales conflictos distributivos entre capital y trabajo. La rivalidad en la distribución del ingreso puede hacerse más violenta si los precios del petróleo mantienen un comportamiento errático y la economía no se reactiva en el corto plazo” (Álvarez, 2010b).



En esta misma dirección, podría pensarse que existe algún tipo de correlación entre el esfuerzo realizado de formación y el empleo en la economía social, algo que desmienten las cifras mismas.

Egresados de la misión *Che Guevara*

AÑO	NÚMERO DE GRADUADOS
2005	264.720
2006	320.928
2007	136.462
2008	235.263
TOTAL	957.373

Fuente: MINEC. Logros 2008.

Como señala Álvarez, no hay consistencia entre el total de egresados (957.373) y los 201.773 empleados en la economía social. Suponiendo que todos los que trabajan en el ámbito de la economía social fueran egresados de la misión *Che Guevara*, tendríamos el resultado paradójico de que ese enorme esfuerzo está destinado a formar trabajadores para el sector estatal y, en mayor medida, para el sector público (Álvarez, 2010a).

Es relevante señalar también el ya apuntado *mal holandés*, según el cual, especialmente en la variante venezolana, la condición de país exportador de petróleo de Venezuela, unido a la voluntad de pagar la deuda social que han demostrado los gobiernos bolivarianos, termina estrangulando la producción nacional –tanto por las presiones laborales que crea el sector petrolero como por los menores costos en el corto plazo de importar antes que producir–, con el resultado igualmente paradójico de aumentar la dependencia de las importaciones (Karl, 2007). A lo que hay que añadir –y lo que puede señalarse como uno de los principales problemas económicos actuales de Venezuela– las dificultades para contener la inflación, que alcanzará en 2010, según diferentes estimaciones públicas y privadas, entre el 25% y el 30%.

En la misma dirección, debido al impacto del auge rentístico, las importaciones agrícolas han mostrado una tendencia creciente que inhibe y desplaza a la producción nacional, además de construir mecanismos inflacionarios perversos vinculados al suministro estatal de dólares baratos (recordemos que existe control de cambios) para importar bienes que, una vez en Venezuela, tienen como precio de referencia el dólar del mercado paralelo, casi al doble del precio oficial. El resultado final de ese proceso estrangula a los NUDES, con fuertes dificultades para distribuir la producción y, al cabo, para la devolución de los microcréditos concedidos.

Pero no todos los problemas están vinculados a esa condición importadora de Venezuela. Más difícil de valorar es la ineficiencia que acompaña en términos generales el modelo productivo no petrolero. La suerte de las EPS, Empresas

de Producción Social, ahora llamadas Empresas de Producción Socialista, es un ejemplo. Nacidas como empresas dirigidas a construir valores de uso —y no valores de cambio—, según los lineamientos del marxista húngaro István Mészáros, han terminado convertidas, salvo algunas excepciones, en formas indirectas de *terciarización*, con condiciones laborales inferiores a las que corresponderían a otras figuras empresariales (por ejemplo, cooperativas) (El Troudi y Monedero, 2007).

7. Perspectivas de futuro: los retos del socialismo en Venezuela

La Venezuela bolivariana ha ocupado una relevancia mundial por haber operado en buena parte de los lugares de conflicto generados por la lógica neoliberal: ha plantado cara al *gigante* del Norte, obligando a los Estados Unidos a reconsiderar su agenda en su tradicional *patio trasero*¹⁹; ha reducido el poder de dictar las políticas económicas por parte del FMI y del Banco Mundial, y lo ha hecho con sus propias armas (en ese caso, zanjando sus deudas con estas instituciones, además de ayudar a otros países a otro tanto); ha impulsado la integración latinoamericana de una manera sorprendente, dando un rango regional al Sur del continente (Banco del Sur, Comunidad Suramericana de Naciones —UNASUR—; TeleSur; integración en MERCOSUR; ALBA frente al ALCA); ha llamado la atención al Vaticano por su frivolidad al ignorar las terribles consecuencias de la colonización y la evangelización; ha reimpulsado la OPEP, consiguiendo una recuperación de los precios del petróleo; ha impulsado una nueva geometría del poder internacional (hasta el punto de que los EE.UU., con no poco ridículo, han incorporado a Venezuela en varias ocasiones en el *eje del mal*); ha devuelto a la agenda política la palabra socialismo, rechazada por la izquierda socialdemócrata europea a raíz de la caída del Muro de Berlín; ha logrado una presencia mundial gracias a la locuacidad y al carácter de *antipolítica* del presidente Chávez, motivo, por otro lado, de los intentos de descalificación desde lo *políticamente correcto* del mundo occidental²⁰; ha sentado las bases para demostrar que existe la posibilidad de una vía pacífica y electoral hacia la transformación social, precisamente lo mismo que no se veía en el continente desde el derrocamiento de Salvador Allende en 1973; y por último, y quizá lo más relevante para hacerse acreedor de la condición de *gobernante peligroso* desde los centros de poder mundial, ha politizado a su pueblo y ha sentado las bases para pagar la deuda social, construyendo un imaginario social de *derechos* que supone la condición esencial para enfrentar la globalización neoliberal.

Todos estos elementos han puesto a Venezuela en el punto de mira de los defensores del *statu quo*, dejándose de lado por lo general los avances reales logrados en los años de gobierno de la llamada V República, donde quizá los más evidentes sean las señaladas posiciones alcanzadas entre 1999 y 2009 en los índices que construye el Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (con el añadido de que este índice no mide las políticas públicas incorporadas en las misiones).

Esto no quiere decir que no existan problemas en la Venezuela bolivariana. Aún más: el éxito del proceso bolivariano estriba en identificar los problemas reales y no atribuir los errores propios a conspiraciones o sabotajes de los muchos enemi-

gos del proceso (aun siendo cierto que existen conspiraciones y sabotajes). Todo el espectro de problemas debe ser identificado. A los ya señalados problemas históricos de ineficiencia y corrupción, cuya principal responsabilidad hay que buscarla en la debilidad de su Estado, hay que añadirle el comportamiento poco comprometido con el país de las élites económicas, responsables, entre otras cosas, de la fuga de capitales y de la falta de inversión productiva propias de una burguesía rentista acostumbrada a obtener sus ganancias de la ocupación política del aparato estatal. Si el fracaso del golpe sirvió para depurar a las fuerzas armadas de buena parte de los elementos golpistas; si el fracaso del paro petrolero permitió despedir procedentemente a la cúpula de PdVSA que había convertido a la empresa petrolera en un “Estado dentro del Estado”, estos aspectos no bastan para construir un aparato productivo que rompa con una tendencia rentista que caracteriza a todos los países estrictamente petroleros. En poco tiempo se ha creado en Venezuela una *nomenklatura* (conocida popularmente como *boliburguesía*) que ha reproducido dentro de las filas chavistas los comportamientos elitistas propios de la oligarquía de la IV República. Tampoco puede hablarse de grandes avances en cuanto a las respuestas al modelo civilizatorio tradicional, de carácter extractivo –principalmente vinculado al petróleo– y ligado a megaproyectos con gran impacto medioambiental. Es poco lo que se ha avanzado en cuanto al respeto medioambiental y a la identidad cultural de los pueblos indígenas, que aún esperan la demarcación de sus territorios y un nuevo modelo de desarrollo (Guadilla, 2009).

La condición de democracia constantemente asediada ha generado igualmente una primacía de la lealtad sobre la eficiencia, reforzada por el estilo de gobierno del presidente Chávez, caracterizado por una suerte de cesarismo progresista (en los términos de Gramsci) o de liderazgo carismático en expresión de Weber (usada por Coronil) que siembra *confusión democrática* cuando desciende a niveles políticos inferiores, convirtiéndose en mera prepotencia (Biardeau, 2007; Coronil, 2008). Igualmente, la virtud de no contar con ningún modelo debiera haber puesto mayor énfasis en la investigación teórica y la formación técnica, de manera que la información sobre la aplicación de políticas públicas no se obtuviera por el mero ensayo y error que genera altos costes. La República Bolivariana de Venezuela no ha sido capaz en estos diez años de revertir la condición rentista heredada de la IV República, la visión colectiva de país rico donde a cada ciudadano le corresponde, sin nada a cambio, su “chorrito de petróleo”. De hecho, las importaciones, como hemos señalado, han crecido de manera importante, por un lado por la obvia redistribución de la renta puesta en marcha, que ha generado una mayor demanda de bienes, pero por otra, por las dificultades para crear un entramado productivo nacional, tanto en la ciudad como en el campo, capaz de enfrentar ese crecimiento de la demanda (sin olvidar la alícuota parte que corresponde a los sempiternos intentos de desestabilización vía el acaparamiento y las restricciones de acceso a los bienes).

También hay que señalar las enormes dificultades mostradas a la hora de controlar la frontera con Colombia, zona ideal para pasto de narcotraficantes, paramilitares y mercados negros (y que puede explicar la implicación directa de Chávez en

la solución del conflicto que asola al país desde hace medio siglo). Paramilitarismo que se adentra en el país y que, desarrollando formas de sicariato, tiene igualmente su parte de responsabilidad en las desmesuradas tasas de violencia social que asolan los barrios pobres de Venezuela y las zonas rurales donde la presencia del Estado es aún más débil. Pero al ser Colombia el campamento base de los Estados Unidos en la zona, es de esperar un conflicto constante al respecto en tanto y en cuanto el gobierno colombiano se alinee con los intereses norteamericanos en la zona.

El militarismo que se extiende por la administración, el centralismo, el peso excesivo del Presidente —que genera apatía institucional en el resto de instancias políticas—, el autoritarismo que ejercen sectores políticos que confunde Estado y partido, la ineficiencia, el clientelismo partidista, la mentalidad rentista que atraviesa al pueblo y a las élites de Venezuela, la metástasis de corrupción existente... son todas razones del pasado histórico, rémoras de su *path dependence* a las que la Venezuela bolivariana aún no ha sabido dar respuesta. La solución pasa por una nueva cultura política, y eso reclama, en el mejor de los casos (y siempre y cuando no haya gente con capacidad de retrasar los procesos de cambio), el tiempo de una generación. Los últimos diez años de gobierno *revolucionario* en Venezuela han dedicado un esfuerzo presupuestario dirigido a la instrucción popular. De hecho, ya se cumplió la meta del Milenio, planteada para 2015, en lo que toca al alfabetismo. Un pueblo instruido, no adoctrinado (que le dijo que no a Chávez, como vimos, en el primer referéndum constitucional porque no estaba lo suficientemente claro lo que se le planteaba. Y Chávez lo asumió, pese a lo que el 100% de la prensa occidental dijo). Un pueblo que parece entender que con Chávez aún hay muchos problemas, pero que sin Chávez tendrían muchos más. No porque Chávez sea imprescindible ontológicamente, sino porque en este momento histórico sólo él parece capaz de aunar a las fuerzas transformadoras de Venezuela. No es gratuito que la voluntad esencial de los Estados Unidos, de la oposición venezolana, sea acabar con Chávez. ¿O hace falta recurrir a la historia para ver cómo invariablemente los líderes populares han sido el objetivo a batir? El líder popular que ha redistribuido la renta del petróleo. Que ha llevado salud a donde nunca antes había llegado, gracias a la misión *Barrio Adentro* y al acuerdo, dentro del ALBA, con Cuba; el líder que ha logrado reducir a la mitad la pobreza y a un tercio la pobreza extrema; que ha sacado a los niños de la calle (los mismos que pueblan las aceras de cualquier capital latinoamericana); que ha llenado el país de libros, escuelas, liceos y universidades; que ha reducido el paro al 7%; que ha impulsado la integración latinoamericana como nunca en los últimos dos siglos de independencia; que ha ayudado a evitar golpes de Estado en Bolivia, Ecuador y Paraguay; que está sentando las bases para el poder popular a través de los consejos comunales. Un líder, sin duda, con más luces que sombras en cuanto a la ejecución de políticas públicas que ahonden en la democratización de Venezuela. Que a veces, como hemos visto, patina en el suelo seco de la *path dependence* venezolana pero hace pie en los terrenos más resbaladizos del actual modelo neoliberal global y su crisis. Que muestra más éxitos frente al presente

que en la superación del pasado. Porque esa tarea no le corresponde a un líder, sino que es tarea de los pueblos.

Referencias

1. Puede consultarse en: <http://twitter.com/chavezcandanga>. La intervención está disponible en: <http://www.youtube.com/watch?v=SqFBOqvqSRQ&feature=related> (bajada el 8 de junio de 2010). En 2008, ya se habían creado en Venezuela 2.127 centros informáticos.
2. Para el nacimiento del discurso de la *gubernamentalidad* como estrategia conservadora frente a la crisis del modelo keynesiano, véase J. C. Monedero (2009a).
3. Pueden verse las diferentes elecciones en: <http://www.noticias24.com/actualidad/noticia/20151/los-procesos-electorales-en-venezuela-desde-1998/>. Faltaría añadir el referéndum sobre la enmienda constitucional de 2009 que permitiría la reelección de los cargos públicos.
4. Como ha demostrado Wallerstein, al igual que toda la teoría de la dependencia y, más recientemente, los estudios sobre postcolonialismo, es imposible entender el Sur sin el Norte y viceversa. De ahí que el señalamiento retórico constante de la Venezuela bolivariana al imperialismo tiene detrás la constatación de que la suerte del modelo norteamericano está ligada a la desdicha de los países sobre los que se carga el mantenimiento de su tasa de beneficio. Véase S. Mezzadra (ed.) (2008). Para este marco ligado a los imperativos de la economía política, R. Jessop (2009).
5. El esfuerzo de participación popular más intenso de los 10 años de proceso bolivariano tiene que ver con los *consejos comunales*, formas de autogestión, con fondos propios, que tienen como objetivo desbordar el marco formal de la democracia representativa y el Estado liberal. Sin embargo, el peso del pasado lleva a que en el seno de los consejos comunales se repitan los problemas propios del país –de manera clara, la corrupción, ahora en su versión más desagregada, pero también el clientelismo de partido, ahora del PSUV–. Igualmente, la dependencia financiera de la Presidencia del Gobierno –explicada como una fase intermedia en tanto en cuanto el empoderamiento popular cobra cuerpo– insiste igualmente en el paternalismo histórico del liderazgo presidencial. Véase J. E. Machado (2009).
6. Véase el monográfico “Socialismo del siglo XXI. Al debate”, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, Caracas, vol.13, núm.2, mayo-agosto de 2007.
7. La referencia ya obligada para una nueva lectura del *populismo* como la construcción de un nosotros político, es decir, confrontado, es E. Laclau (2006).
8. Algo que reconocen hasta sus adversarios. Véase E. Krauze (2008).
9. Algunos meses antes, en 2004, ya había adelantado Chávez esta vía, inédita hasta el momento, si bien algunos desarrollos durante ese año ya apuntaban hacia la declaración del capitalismo como modo de producción *non grato*.
10. Los Cinco Motores Constituyentes pueden consultarse en: www.vycsucre.gov.ve/vycsucre/files/5motoresconstituyentes.pdf
11. Podemos colegir que la enfermedad de Fidel Castro abrió una reflexión en Chávez: ¿qué ocurriría con el proceso revolucionario en el caso de que él falleciera? Al mismo tiempo, la estructura que el partido brindaba tanto en China como en la ex provincia soviética darían a Chávez la oportunidad de pensar un partido cohesionado y extendido que supliría las carencias de un Estado débil e ineficiente, hasta ese momento paliado con el recurso al ejército.
12. Ver <http://cifrasonline.com.ve/informecifras/?p=31885>.
13. Para el ámbito económico, ver A. Baptista (2005).
14. Ha sido el ministro de Finanzas Ali Rodríguez, antiguo Presidente de PdVSA después del sabotaje, quien ha planteado la posibilidad de pensar un “socialismo rentista”, ya que la existencia de petróleo extraería la plusvalía en el extranjero y haría innecesaria la explotación.
15. Para la construcción discursiva del neoliberalismo, ver J. C. Monedero (2009b).
16. Logros de la Revolución Bolivariana. Ministerio del Poder Popular para la Planificación y Desarrollo. 2008.
17. Citado en D. Parker (2006).

18. El caso que más resonancia recibió fue la reunión organizada por el Centro Internacional Miranda en Caracas en junio de 2009, donde asistieron una parte sustancial de los intelectuales nacionales e internacionales que acompañan al proceso bolivariano desde sus inicios. En esa reunión se pudieron escuchar duras críticas al alejamiento entre el discurso y la práctica de la gestión gubernamental, al tiempo que se alertaba acerca de la necesidad de ahondar en las medidas socialistas como requisito para mantener el apoyo popular. Actores políticos importantes del Gobierno bolivariano, así como de los partidos y de la oposición se posicionaron públicamente en este debate –entre ellos el Presidente, el Canciller y los secretarios generales de los principales partidos–. Puede consultarse el debate *Democracia y socialismo: callejones sin salida y caminos de apertura* en: www.aporrea.org.

19. En septiembre de 2007, con motivo de su presencia en Nueva York para asistir a la Cumbre de Naciones Unidas, el presidente de Ecuador Rafael Correa renunciaba ante los medios de comunicación a la invitación a una cena realizada por George Bush. La explicación dada era novedosa: después de escuchar al Presidente norteamericano en la tribuna, no tenía nada que discutir con ese individuo. ¿Cuándo en los últimos decenios, y con la salvedad de Cuba, el Presidente de un pequeño país latinoamericano había manifestado tal declaración de soberanía respecto de los EE.UU.? Posteriormente, y pese a una inicial buena relación con la administración Obama, la recurrencia de la política tradicional norteamericana con América latina (con el momento álgido del golpe en Honduras, condenado por Washington pero también avalado) mantiene las espadas en alto.

20. La verbalidad extrema del presidente Chávez, que se manifiesta en su capacidad, diariamente ejercida, de hablar públicamente durante horas, tiene dos caras. Por un lado, comunica con unas masas alejadas y distantes de la política tradicional; por otro lado, da muchas facilidades a la caricaturización por parte de los medios opositores, al tiempo que facilita la descalificación por parte de la política más tradicional. Siendo cierto que una constante presencia en los medios, y aún más en un régimen con una fuerte tendencia cesarista, facilitan la improvisación y aumentan la probabilidad del error propio y de los subordinados, no tiene fuerza alguna que se utilice para descalificar la tarea de Gobierno. El mismo Occidente que se ha caracterizado por prestar honorabilidad a dictaduras –recuérdese el caso de África– sin importarle las formas, no puede sin sonrojo cuestionar a la Venezuela bolivariana por la forma de comunicar la política. En la crítica a las formas –que, como decimos, están ciertamente llenas de riesgos–, el *establishment* cuestiona una política que logra transformaciones reales. Parece probable que la locucidad de Chávez no se cuestionaría si su política de gobierno se moviera en los parámetros del capitalismo neoliberal y la simple democracia parlamentaria.

Bibliografía

V. ÁLVAREZ (2010a), *Venezuela: ¿hacia dónde va el modelo productivo?*, Caracas, Centro Internacional Miranda.

————— (2010b), “El socialismo rentista”. Disponible en: <http://victoralvarezrodriguez.blogspot.com/> (bajado el 8 de junio de 2010).

A. BAPTISTA (2005), “El capitalismo rentístico. Elementos cuantitativos de la economía venezolana”, en *Cuadernos del CENDES*, año 22, N° 60, septiembre-diciembre.

J. BIARDEAU (2009), “Del árbol de las tres raíces al “socialismo bolivariano del siglo XXI”. ¿Una nueva narrativa ideológica de emancipación?”, en *Diez años de revolución bolivariana. Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol.15, N°1 (enero-abril).

————— (2007) “A la deriva del mito-cesarista: ¿qué hay de nuevo en el Socialismo del siglo XXI?”. Disponible en: <http://www.aporrea.org/ideologia/a41073.html> (bajado el 12 de junio de 2010).

A. BLANCO (1998), *Habla el Comandante*, Caracas, UCV.

A. CAPRILES (2008), *La picardía del venezolano o el triunfo del Tío Conejo*, Caracas, Taurus.

F. CORONIL (2008), “Chavez’s Venezuela. A new magical State?”, en *Harvard Review of Latin America*, vol. VIII, N°1. Disponible en: <http://www.scribd.com/Revista-Harvard-2008-About-Venezuela/d/29688407>.

————— (2002), *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Caracas, Nueva Sociedad.

- H. EL TROUDI y J. C. MONEDERO (2007), *Empresas de producción social. Instrumento para el socialismo del siglo XXI*, Caracas, Centro Internacional Miranda.
- M. P. GUADILLA (2009), “Ecosocialismo del siglo XXI y modelo de desarrollo bolivariano: los mitos de la sustentabilidad ambiental y de la democracia participativa en Venezuela”, en *Diez años de revolución bolivariana. Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol.15, núm.1 (enero-abril).
- R. JESSOP (2009), *El futuro del Estado capitalista*, Madrid, Catarata.
- T. KARL (2009), “Oil-Led Development: Social, Political, and Economic Consequences”, Center on Democracy, Development and the Rule of Law, *Working Paper*, Stanford University. Disponible en: http://cddrl.stanford.edu/publications/oilled_development_social_political_and_economic_consequences/
- (2007), “Oil-Led-Development: social, political and economic consequences”, en *CDDRL Working Papers*, Stanford University, January. Disponible en: http://cddrl.stanford.edu/publications/oilled_development_social_political_and_economic_consequences/
- E. KRAUZE (2008), *El poder y el delirio*, Madrid, Tusquets.
- E. LACLAU (2006), *La razón populista*, México, FCE.
- E. LANDER y P. NAVARRETE (2007), *La política económica de la izquierda latinoamericana en el Gobierno. Venezuela*, Amsterdam, Transnational Institute.
- M. LÓPEZ MAYA (2005), *Del Viernes Negro al Referendo Revocatorio*, Caracas, Alfadil.
- J. E. MACHADO (2009), “Participación social y consejos comunales en Venezuela”, en *Diez años de revolución bolivariana. Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol.15, núm.1, (enero-abril).
- S. MEZZADRA (ed.) (2008), *Estudios postcoloniales. Ensayos fundamentales*, Madrid, Traficantes de sueños.
- J.C. MONEDERO (2009a), *El gobierno de las palabras. Política para tiempos de confusión*, Madrid, FCE.
- (2009b), *Disfraces del Leviatán. El papel del Estado en la globalización neoliberal*, Madrid, Akal.
- (2005), “Socialismo del siglo XXI: modelo para armar y desarmar”, en *Question*, Caracas, septiembre.
- D. PARKER (2006), “El desarrollo endógeno: ¿camino al socialismo del siglo XXI?”, en *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, vol. 13, N° 2, mayo-agosto.
- G. WILPERT (2007), *Changing Venezuela by taking power. The history and policies of the Chávez Government*, Londres, Verso.

Enviado: 10/06/2010. Aceptado 25/07/2010.